

EL CAFÉ,

ECO DE LA CHISMOGRAFÍA ARTÍSTICA Y LITERARIA.

Este periódico se publicará los días 15 y 30 de cada mes.—Se suscribe en la ADMINISTRACIÓN, calle de Embajadores, 37 3.º izquierda, y en las librerías de Cuesta, Durán, San Martín y L. Lopez.

15 de Diciembre de 1871.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Madrid un trimestre..... 4
En Provincias..... 5
En el Extranjero y Ultramar....10 rs.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Parece fácil escribir una revista, y no lo es sin embargo.—Con referir lo que ha ocurrido durante la quincena sale usted del paso, dirán sin duda muchos de los lectores.—Pues ahí está la dificultad replico yo. En la quincena ocurre tanto y de eso hay tan poco que pueda ó merezca referirse!

¡Si me fuera permitido hablar de política!.. pero en este *CAFÉ* hemos convenido en no tratar de eso, y...basta.

De elecciones...tampoco: las elecciones son política, y por lo tanto

el hablar de elecciones no me toca:
sobre eso de elecciones punto en boca.

Más agradable tarea sería recorrer salones, describiendo bailes y conciertos. Entonces, gracias á mí, podrían saber mis lectoras dónde se había recibido el lunes, dónde el martes, dónde el miércoles, y donde los demás días de la semana, y de qué telas, de qué color y de qué forma eran los trajes y sus adornos. Dedicaría un elogio de gratitud al *buffet*, diría que tan inolvidable *soirée* terminó con el cotillon á las cuatro de la mañana (¡qué bien sabe la cama á estas horas en Diciembre!) sin hablar del frío que pasarían los cocheros á la puerta, y no echaría nunca en olvido los títulos y nombres de las duquesas, condesas y marquesas de...y de las señoras y señoritas de...que embellecían la reunión con su presencia. Por cierto que siendo siempre idéntica la lista, con dejarla compuesta de un número para otro, encontraríamos una economía en la parte material del periódico.

Pero yo soy extranjero, como indica mi nombre; estoy en Madrid de paso, y no tengo por eso relaciones, ni tampoco frecuente los altos círculos. Temo además al frío, y por esta razón ni siquiera voy á las máscaras de Capellanes y del Circo de Paul, donde hay abundante can-can y completa libertad de enseñanza.

El frío he citado, y he aquí un asunto que pudiera aprovechar para mi revista. Los carámbanos que adornan las fuentejillas de la Plaza mayor; la blanca nieve del alto Guadarrama, que se vé desde la plaza de Oriente y aun desde el estanque del Retiro; los arroyitos convertidos en cristal, donde tan fácil es pegar una costalada el que se descuida; los pobres, que por falta de otra chimenea, se calientan por las mañanas

alrededor de la lumbre de los tostadores de cacao; todo esto es poético y todo puede inspirar bellísimas descripciones y pensamientos filosóficos más ó menos profundos. ¡Pero es un asunto tan manoseado! y además, al que siente frío más vale hablarle del verano que del invierno: dejemos, pues, el frío á un lado, y vamos á otra cosa.

Ocurencias de Madrid, chismografía y menudencias por el estilo, acaso convengan mejor para entretener á mis lectores; y ¡cuántas hay que relatar! ¿No han oído ustedes referir que al principio de la calle de Ferraz se ha hundido un gran trozo de terreno? También sabrán ustedes que un coche rodó hasta el fondo de aquella sima improvisada, y que el pobre cochero quedó muerto en el acto. Lo que tal vez no sepan es que semejante hundimiento ha ocurrido precisamente al lado del sitio donde ocurrió otro el mes anterior. ¡Quiera Dios que no suceda el tercero, y que el ayuntamiento popular de la heroica villa tome las medidas oportunas para evitar nuevas desgracias en aquellos movedizos terraplenes!

Refiriendo historias, de este asunto, que es triste, nos pasaremos á otro más ameno. Dos dentistas han discutido en los periódicos sobre cuál lo hace mejor, y lo que el público puede sacar en limpio de la polémica es que en las dentaduras artificiales se emplea á veces el *cautchouc rojo*, y que en la composición de esta sustancia entra el sulfato de mercurio, que es un veneno. Despues de saber esto ¡vayan ustedes á comer con tranquilidad si tienen dientes postizos! Yo por lo menos preferiría masear con las encías,

y tener la voz sin huesos
con que el hablar es sorber,

como decía Quevedo, al peligro constante de un envenenamiento. ¡Ahí es nada, tener que pasar la carne, el pan y los garbanzos, y hasta los dulces y los vinos, por un tamiz de sulfuro de mercurio! Vamos: yo, si tuviera dientes de quita y pon, en todos los manjares no vería ya otra cosa que *cautchouc rojo*, ni encontraría otro sabor que el de sulfuro de mercurio.

No asustemos á los que carecen de dientes naturales; y, para distraerlos de esto les hablaré de un suceso misterioso que está llamando la atención de los aficionados á descifrar enigmas y logogrifos. En cierto teatro, en varios paseos, y en algunas calles, se han dejado ver dos señoras de aspecto distinguido y traje elegante.

cuyo rostro vá siempre encubierto por un manto en el cual se embozan, como las tapadas de Calderon, sin descubrir más que un ojo, que por cierto hace entrar en deseos de ver el resto de la cara. Acompáñalas un lacayo que lleva lujosa esclavina de pieles en los días de frío y un impermeable blanco cuando llueve, y siempre la cara del mismo color que las botas y el sombrero. En vano ha sido hablarle para averiguar algo relativo á sus amas, porque es mudo; en vano decirles á ellas palabras galantes, porque no contestan; en vano tratar de seguirlas, porque la berlina en que se esconden parte siempre á escape en cuanto ellas la ocupan. Hay quien dice que son hijas de un rico banquero de Lima, que viajan de incógnito; otros suponen que son duquesas rusas, disfrazadas de americanas para mayor disimulo; y no falta quien sostenga que, así como algunas señoras se cubren de polvos blancos la cara, así tambien el cochero y el lacayo de las misteriosas damas se pintan el rostro con polvos de carbon cuando tienen que acompañarlas. En cuanto á los mantos, sostienen estos que son un medio ingenioso de encubrir el calor de hígado de las mejillas y los sabañones de las orejas.

Tambien convendria tal vez dar noticia á los lectores, aunque este no es suceso misterioso, de la llegada á esta corte, segun anuncian los periódicos, de cierto literato extranjerero, para el cual no encuentra un famoso diario otro elogio que decir que ha escrito veinte dramas, catorce novelas, tres tomos de poesias y no sé cuántos artículos. ¡Qué manera de elogiar! Recuerdo que hace algunos años hubo un poeta que dió á la escena treinta y ocho obras dramáticas en el espacio de doce meses, y á nadie se le ocurrió citar esta fecundidad para encomiar á aquel autor, cuyo nombre me reservo.

Por si mis lectores los encuentran en la calle y no saben lo que son, tambien diria que esos hombres que se abrigan con una blusa de lienzo blanquecino, y llevan una escalerilla sujeta á la espalda, no van á esperar á los magos, ni padecen ningun suplicio chino, ni les han puesto aquello para que no puedan entrar por las puertas que sean bajas; no: son pura y simplemente mozos de cordel, dependientes de una empresa nueva, y no sé si extranjera.

De lo que no hay duda que debo hablar algo es de teatros; y por cierto que no dejaria de aprovechar la ocasion, si hablase de ellos, para lamentar que en el Real se haya dado una funcion cuyos productos se destinan á remediar los desastres de Chicago. Bastantes hay á que atender en Almeria, y antes que á los extraños, y más si no nos aprecian mucho, debe acudirse á los de casa. No se opone á esto el que se dé otra funcion para lo de Almeria, como se anuncia: las dos podrian haber servido para los infelices que han quedado arruinados en esta provincia, que todo es necesario.

Dejando al Real, y marchándonos al Príncipe, ó sea Teatro Español, nos encontraríamos con *La Casta Susana*, á la cual solamente dos noches han podido ver los viejos en el baño de la escena; verdad es que en Diciembre hace mucho frío para presentarse desnuda de ropa ó sea ligera de enredo teatral y de argumento. Ver á una persona ó una comedia en tal estado, au-

menta la frialdad que ya siente el espectador, el cual tiene prisa por marcharse á la cama, cuando no le da calor el interés dramático.

Menos vida que *La casta Susana* ha tenido todavia la comedia llamada *Como llovido del cielo*, que nació y murió en una noche, apesar del éxito brillante que le habia profetizado un periódico.

Con mucho gusto, pasando desde el Príncipe al Circo diria á mis lectores cuatro palabras, de elogio todas, porque no permite más lo breve de mis Revistas, sobre *La feria de las mujeres*.

Esta comedia, original de D. José Marco, es juguetona, sencilla y chispeante de gracias de buen género. Hay en ella verdadero chiste, hay situaciones dramáticas: es obra literaria. El papá que lleva á sus tres hijas á la feria ó sea á los baños de mar, para salir de ellas; las dos niñas que buscan feriante, y los dos feriantes que buscan mujeres que feriar, cada uno de ellos con distintos requisitos, forman un conjunto amenísimo y entretenido. Hay conocimiento del corazon humano en hacer que los defectos, puestos por la envidia de Aurora á su hermana, sean precisamente los que hagan nacer en el corazon de Ernesto el amor á Concha; hay fin moral en el castigo de quedarse aquella y Amelia sin novio por egoistas, y en que prefiera Ernesto á la que el padre llama *el burrito de la casa*, porque es

con los extraños, discreta:
con los suyos, bondad suma,
y ella hasta el puchero espuma,
y, además, hace calceta:

y hay en fin, ternura y verdad, cuando el padre que deseaba salir de las otras dos hijas, siente separarse de Concha. El Sr. Marco merece elogios, y tambien el Sr. Catalina y todos los demás actores por el esmero con que esta obra ha sido representada. Actores y actrices están inmejorables.

Pero calle!..he ido apuntando lo que pudiera decirse, y me encuentro hecha la Revista. Ahí la tienes; pues, lector mio, y perdona si no supe hacerla más amena.

GAZENOLZ DE TUILDONNE.



LAS CATACUMBAS ROMANAS.

Antes de conducir á nuestros lectores al oscuro laberinto de las catacumbas romanas; antes de poner ante sus ojos el resultado de nuestras rápidas investigaciones y de nuestros ligeros estudios acerca de tan notable asunto, creemos de nuestro deber manifestar lo que nos proponemos al escribir estos artículos, primera etapa de nuestra carrera en el difícil camino del arte cristiano. No aspiramos á sentar nuevos principios científicos acerca de las Catacumbas: no venimos á arrojar una nueva teoría sobre las muchas que en estos grandiosos monumentos de la fé cristiana se apoyan. Quédese eso para los ya encanecidos en el estudio de la ciencia y del Arte; nosotros, jóvenes, muy jóve-

nes aún, no podemos aspirar á tan glorioso fin y sólo deseamos manifestar nuestras impresiones; describir lo que hemos visto, enunciar nuestras ideas, y expresar nuestros pensamientos.

No debe esperarse, pues, hallar en nuestros escritos nada nuevo en el fondo; nos contentaremos con que tengan alguna novedad en la forma: no debe creerse que vamos á exponer una serie completa de ideas; no pretendemos más que iniciar, no queremos otra cosa que describir y nuestras aspiraciones se verán cumplidas si conseguimos entreteñer agradablemente á nuestros lectores, y hacerles dirigir sus pensamientos hácia la serie de monumentos más notable que presenta la antigüedad, dadas las condiciones en que fueron llevados á cabo.

No nos cabe duda alguna de que esta importancia que damos á las Catacumbas, de que la distinción que de ellas hacemos al llamarlas la serie de monumentos más grandiosa y notable que presenta la antigüedad, parecerá exagerada para aquellos que tengan aunque no sea más que una ligera idea de los suntuosos y monumentos que nos legó el imperio para gloria del arte y orgullo de la humanidad. Indudablemente, á primera vista, parece exagerada é injusta nuestra opinión. Recorremos los monumentos del imperio, y en ellos vemos elevadas columnas de granito y jaspe, urnas y tazas colosales de pórfido y basalto; enormes losas de mármol trozos inmensos de piedra que parece han debido necesitar, para ser arrancados de las entrañas de la tierra, del brazo poderoso de los Titanes. Recorremos las Catacumbas y en ellas no vemos, no descubrimos nada de esta grandiosidad; no hallamos en ellas columnas de jaspe, ni urnas de pórfido, ni mármoles colosales, ni rocas gigantescas: pero hallamos, en cambio, un trabajo titánico, una dificultad inmensa, una fe grandiosa.

El imperio quería y podía; nuevo creador en una sociedad sin creación, bastábale abrigar una idea, pronunciar una palabra, y el mundo entero, sumiso á las órdenes de su señor, le aportaba su contingente inmenso de materiales y de obreros.

El Oriente le mandaba sus jaspes y granitos; la Italia sus mármoles; el Egipto sus obeliscos y sus esfinges; la Grecia sus artistas creadores. El Cristianismo no podía poner nada á contribución más que sus propias fuerzas y su eterna fé, porque nada más que su fé y sus fuerzas poseía. El Dios Hombre dijo «mi reino no es de este mundo,» y los primeros cristianos tuvieron que buscar, fuera del mundo entonces posible, la vida de sus creencias, el reposo de sus muertos, el mundo en que podían reinar.

Vista de esta manera la cuestión, la importancia de los primitivos monumentos cristianos se crece y agiganta, no por lo que ellos sean en sí sino por el inmenso trabajo que representan; y, lejos de sufrir menoscabo alguno en su comparación con los monumentos paganos de la misma época, ganan en valor y en estimación, porque se comprenden las grandes dificultades que hubo que vencer para conseguir alzar un palacio

eterno al Cristianismo, en los mismos sitios de donde habían salido los cimientos para construir los palacios del Paganismo.

Creemos inútil extendernos en consideraciones, acerca de la conveniencia y utilidad del estudio de las Catacumbas: para el artista, las Catacumbas representan el origen la cuna, por decirlo así, del arte Cristiano, para el cristiano, las Catacumbas representan la cuna, el origen de su religión. Aquel oscuro laberinto regado de sangre sagrada cubierto por el polvo de los mártires del Cristianismo, es el libro más elocuente que sobre la religión del crucificado puede escribirse. El que sea cristiano, en el mero hecho de serlo, gran utilidad y conveniencia grande encontrará en el estudio de las Catacumbas. El que no lo sea, pero sienta en su alma la influencia de lo grande y de lo bello; el que, sin ninguna religión positiva, rinda culto á lo que es artístico y por consiguiente sublime, uno y otro estudien las Catacumbas, penetren sus misterios, recorran con el pensamiento sus oscuras callejas, y seguros estamos de que encontrarán en ellas algo que haga latir su corazón, que conmueva su alma, que eleve su pensamiento.

Nosotros hemos recorrido aquellos sitios con el entusiasmo orgulloso del cristiano, con el orgullo entusiasta del artista; y hemos profanado nuestras ideas religiosas con nuestras ideas artísticas, y nuestras ideas artísticas con nuestras ideas religiosas, pues también en el arte existe la profanación. Nunca hemos podido considerar las Catacumbas como cristianas: jamás hemos podido examinarlas como artistas; siempre que hemos bajado á aquellos, ayer antros despreciables, hoy monumentos de gloria, hemos visto que se hermanaban y se confundían en nuestra alma nuestros sentimientos religiosos con nuestros sentimientos artísticos. ¡Fenómeno notable que se opera tan sólo en las Necrópolis cristianas!

Antes de describir en detalle tan grandiosos monumentos, antes de entrar en el ligero del estudio que de ellas nos proponemos hacer creemos conveniente, es más, creemos necesario dar una breve idea de las Catacumbas en general, con la cual terminaremos este desaliñado artículo dejando para los inmediatos el estudio del origen, de la historia de los monumentos y del simbolismo de las Catacumbas romanas.

Difícil y casi imposible será para nosotros dar una idea general de las primitivas Necrópolis cristianas. Para describirlas exacta ó aproximadamente serían necesarias plumas mejor cortadas que la nuestra, inteligencias á la nuestra superiores.

Las Catacumbas, lo mismo que esos grandiosos espectáculos que la naturaleza nos presenta, no pueden describirse: una simple ojeada los hace más comprensibles que todas las descripciones imaginables. Todos nuestros lectores habrán presenciado alguna vez la salida del sol; todos y cada uno de ellos, al hallarse en presencia de ese espectáculo espléndido, al ver al sol elevarse en el horizonte, disipando con sus rojizos rayos las sombras de la noche, habrán sentido conmovirse sus corazones, habrán notado que su pensamiento se agiganta, y

habrán comprendido toda la bella grandiosidad de aquellos momentos en que la tierra más bien que despertar de un sueño, parece que, cual nuevo Lázaro, vuelve á la vida. Y sin embargo, si alguna vez han querido narrar las impresiones que aquellos momentos despertaron en su alma, á alguno que no ha gozado de ellos, se encontrarán incapaces de hacerlo, todo cuanto digan les parecerá pequeño al lado de la grandeza de lo que quisieran explicar, todas las ideas que su imaginación les sugiera, las hallarán pálidas al lado de la brillantez de colores que quieren describir. Lo mismo nos sucede á nosotros: al llegar á este punto quisiéramos dar forma y vida al tropel de recuerdos que se agita en nuestra imaginación y nos sentimos incapaces de hacerlo. Deseáramos hacer una pintura exacta, un cuadro digno de la grandeza de las Catacumbas, y apenas conseguiremos, y dichosos si lo conseguimos, trazar un pálido bosquejo de ellas.

Convencidos, como lo estamos, de la imposibilidad de hacer una exacta descripción de las Catacumbas en general procuraremos única y exclusivamente dar en cuatro líneas una ligera noticia de lo que son en sí: figúrense nuestros lectores un interminable laberinto de callejas, que se dirigen á todas partes, y por todas partes se cruzan, en dos pisos á ese laberinto, á las callejas una anchura varía de 0'70 á un metro y una altura de dos ó tres metros, abran en cada una de sus paredes cinco ó seis filas de nichos (*loculi*) destinados á servir de tumbas. Coloquen al fin de una calle, ó en el cruzamiento de varias, una especie de pequeño templo llamado *cubicula* y semejante por su plan á una pequeña basílica: descubran de tiempo en tiempo en las estrechas galerías unas aberturas ó puertas que dan entrada á unas salas irregulares (*sinaxes*) destinadas á la celebración de los santos misterios: y la idea general está dada; el cuadro indicado; y á pesar de la pobreza de colores y de la incorrección de dibujo del bosquejo, las Catacumbas aparecen, existen, y sólo falta penetrar en ellas para descubrir sus tesoros artísticos y sondear sus religiosos misterios.

ARTURO G. DE SANTIVAÑES.

LA FELICIDAD. (*)

Sueño que al alma fatiga,
Luz que ante mí se derrama,
Voz que impaciente me llama,
Fuerza que á vivir me obliga;
Felicidad que me hostiga,
Que en pos de mí siempre vá,
Que á un mismo tiempo le dá
Luz y sombra á mi deseo,
Yo en todas partes la veo,
Y en ninguna parte está.

Vagamente dibujada
La encuentra el alma indecisa
En el bien de una sonrisa,
En la luz de una mirada,

(*) De nuestro apreciable colega *El Ateneo Lorquino*.

En toda dicha esperada,
En la que pasó importuna,
En la gloria, en la fortuna,
En lo cierto, en lo imposible...
En todas partes visible,
Y no se alcanza en ninguna.

Nube azul, blanca y ligera,
Que á los sentidos engaña;
Que tras de cada montaña
Parece que nos espera:
En impetuosa carrera
El hombre á cojerla vá...
Llega... se fué... Siguelá
Piensa asirla á cada instante...
¡La nube siempre delante,
Pero siempre más allá!

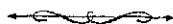
¡Felicidad! sueño vano
De un bien que no está en la tierra;
Ansia que impaciente encierra
Triste el corazón humano;
Tú eres la luz de un arcano,
Tú eres sombra celestial,
Término de todo mal,
Punto de toda aflicción:
¡Eres... la revelación
De mi espíritu inmortal!

J. SELGAS.



CRÍTICA TEATRAL. EL CABALLERO DE GRACIA,

DRAMA TRADICIONAL DE DON LUIS MARIANO DE LARRA.



Ya años ha que el teatro español apenas si parece sombra de aquel palenque donde con tanta gloria probaron el temple de sus ingenios, Lope, Calderón y Tirso en el siglo XVII, Moratín, Gorostiza y Breton en el XIX; y la reciente irrupción del género bufo ha acabado de corromper el gusto del público y de sembrar el descreimiento y el mercantilismo en el ánimo de los autores. Pero la dominación de este género no puede ser duradera. Verdadera catástrofe en la historia de las letras, sólo le es dado vivir el tiempo necesario para dar lugar á una reacción saludable que nos vuelva á todos al camino que conduce á la perfección del arte dramático.

Señales son de que ese feliz momento se aproxima, la avidez con que acojemos hoy la menor tentativa de culto á las buenas tradiciones, y los aplausos que tributamos á la más modesta obra en que resplandezca una chispa de decoro y de sabor literario. Por desgracia, ni esas tentativas son frecuentes, ni pasan por lo común de tentativas.

El Caballero de Gracia es uno de tantos esfuerzos hechos en pró del verdadero, del legítimo arte: es un nuevo mentis dado á los que creen que si hoy no se escribe es porque no hay quien sepa escribir, y que si se escribe en necio es porque al público no le agrada otra cosa. El señor Larra ha probado una vez más que es escritor de talento, y que hay en su musa verdadera potencia dramática: y el público, al colmarle de aplausos, ha acreditado que también le agrada lo bueno y lo bello, y que no iría á encenagarse en el can-can y en las absurdidades bufas, si una docena

de autores de conciencia se consagrarse á producirle obras de verdadero mérito.

Ha tenido, empero, este drama el privilegio (nunca otorgado á las obras vulgares) de dividir los pareceres de los críticos hasta el punto de haber por una parte quien ensalce su mérito hasta las nubes, no faltando por otra quien afirme que *El Caballero de Gracia* es una de las más infelices creaciones de su autor.

A nosotros no nos parece, en verdad, su obra maestra. En otras le hemos visto á mayor altura. En *Los Lazos de la familia*, *El hombre libre*, *Una nube de verano* y *La Oración de la tarde*, nos ha dado muestras de más intencionada musa. Pero esto, en nuestro concepto, debe achacarse antes que al señor Larra, al género especial á que pertenece su última producción. El drama tradicional, como el drama histórico ó anecdótico, como todas las composiciones de pié forzado, no puede juzgarse desde el mismo punto de vista que aquellos en que el poeta, libre de toda traba, escoje los medios que más adecuados le parecen para llegar á una determinada demostración moral, social ó política. En estas el autor, si peca, es responsable de todos sus pecados: en aquellas sólo puede serlo de los que haya cometido en lo accesorio de la obra; pues lo principal dándose ya hecho la historia, la tradición ó la anécdota.

La tradición en que se ha inspirado el Sr. Larra es una de las más misteriosas y ménos depuradas de que tenemos noticia. Parece ser que Jacobo de Grattis, caballero modenés, cuyas costumbres hubieron de ser en sus primeros años un tanto disipadas, se convirtió á una vida ejemplarísima y se hizo sacerdote, precisamente en los momentos en que se apercibía á dar cima á una temeraria aventura amorosa: un hecho casual, que su imaginación (excitada acaso por el remordimiento) le hizo tomar por advertencia celeste, dió lugar á aquella notable conversión. La tradición que, como decía nuestro compañero Tullydonne en su revista de la anterior quincena, más anda en boca de los madrileños que en las crónicas de la villa, no es del todo uniforme en sus detalles; pero lo sustancial de ella es lo que acabamos de indicar.

Y advertimos esto, porque nos llama sobremanera la atención que un crítico haya tratado de negar la cualidad de tradicional al drama del señor Larra, suponiendo que respecto del caballero modenés no existe más tradición que la fama de virtuoso sacerdote que le acompañó hasta su muerte. Para llegar á esta conclusión fúndase el crítico en la comedia que, con el mismo título que la que nos ocupa, escribió F. Gabriel Tellez (Tirso de Molina), en cuya obra se presenta al protagonista como un dechado de piedad y de virtudes desde la niñez; pues (dice) habiendo sido contemporáneos Jacobo de Grattis y el ilustre mercenario, parece natural que sea este, y no el Sr. Larra, quien esté en lo cierto respecto á su vida y costumbres.

No discutiremos sobre esto; pero permítasenos decir que si el misterioso suceso, explotado por el Sr. Larra para su última obra, estuviese

constatado en la comedia de Tellez, el hecho saldría de los límites de lo tradicional para entrar en los dominios de lo histórico. Precisamente la tradición se diferencia de la historia en que aquella, que es una de las fuentes de esta, no se apoya en comprobaciones, sino que por el contrario las suministra; y por eso la aventura de Grattis es puramente tradicional, y ni el Sr. Larra, ni nadie, que sepamos, ha pensado en vendérsela por hecho cierto y averiguado. Ahora, si lo que el crítico en cuestión ha querido demostrarnos es que la tal tradición carece de verosimilitud, allá se las haya con las lenguas del vulgo que la han propagado y transmitido hasta nosotros. Mas para juzgar la obra del Sr. Larra basta que la tradición (cierta ó falsa) exista: y que existe, no puede ponerse en duda, ni ménos negarse.

Sentado, pues, que la tradición existe, á despecho de la comedia de Tirso, veamos cómo se desarrolla en el drama que nos ocupa.

Jacobo de Grattis había seducido en Nápoles á una noble doncella y dado muerte á su padre cuando éste acudía á vengar su honra mancillada. La infortunada jóven lanzó sobre el seductor una maldición, que luego, extraviado su juicio, repetía incesantemente. Viene más tarde Jacobo Grattis á Madrid donde se apasiona por doña Leonor de Garcés, fiel esposa de D. Juan de Silva; pero sus galanteos se estrellan constantemente en la virtud de la dama: y ya desesperado de obtener de buen grado sus favores, resuelve el modenés apelar á la traición y, á la fuerza para lograr su criminal intento. Soborna á la doncella de Doña Leonor, y merced á este medio, puede penetrar en la casa á hora propicia para sus planes, en ausencia de Silva. Pero éste conocía la historia del lance de Nápoles, y la había referido á su esposa, dejando profundamente grabadas en la memoria de esta las palabras de maldición de la doncella napolitana:

Cuando, el alma hecha pedazos,
A otra mujer ames ya,
Mi sombra se interpondrá
Entre tus lascivos brazos!

Doña Leonor, prevenida del proyecto de Jacobo, le aguarda en vela, armada de una daga, y resuelta á todo antes que ceder. Mas llega el seductor, y cuando se dispone á emplear la fuerza contra el objeto de su anhelo, doña Leonor, evocando el recuerdo de aquella infeliz, lanza á la frente de Jacobo de Grattis las fatídicas palabras que dejamos traseras. El caballero, al eco de aquella maldición repetida en las tinieblas, cree ver levantarse delante de él el espectro vengador de la mujer á quien arrebatara su honor y su padre: cae desmayado, y cuando vuelve en sí, ya es otro hombre: el rico y apuesto corredor de aventuras se ha convertido en austero penitente.

Esta es en esqueleto la acción del drama, que, como comprenderán nuestros lectores, abunda en interés y en situaciones de efecto.

El señor Larra, pues, no se ha desviado gran

cosa de lo esencial de la tradicion, siendo por tanto injusto atribuirle el falseamiento de ella.

Ha dicho otro critico que el señor Larra no ha sabido en esta ocasion ni siquiera crear un carácter. Esta proposicion, que asentada en tales términos nos parece demasiado severa, tiene sin embargo un gran fondo de exactitud, al menos en cuanto al protagonista del drama se refiere.

Hombre de corazon y sentimientos hidalgos, buen amigo y amparo del indigente, caballero cumplido y sin más tacha que su ciego amor á las mujeres; tal es la pintura que el hostelero Martin nos hace de él; y ciertamente que este seria un carácter, y un buen carácter, si se sostuviera con igualdad en el curso del drama. Pero no es así: ese cumplido caballero, ese hombre intachable, nos sólo se ha conducido indignamente con la pobre jóven de Nápoles, y se dispone á hacer lo propio con la dama madrileña, sino que, á sus solas, friamente y con el más repugnante cinismo, dice:

Contra el oro y la maldad
poco puede la virtud.

Ese hombre que

no és aquel perdonavidas
que apunta, orgulloso y frio,
los muertos en desafío
y las mujeres perdidas,

apuesta con tres de sus amigos á que en un mes les quita sus tres damas.

Jacobo Grattis no es, pues, don Juan Tenorio: es peor que don Juan Tenorio: este bien que, para abrirse paso hasta las mujeres que codicia, ponga alguna vez en juego la influencia del oro, no se vale con sus victimas de otros medios de seduccion que sus personales atractivos; y jamás debe á la violencia, á la suplantacion, ni al narcotismo, sus triunfos. Jacobo de Grattis no repara en los medios: si no puede ser seductor, es forzador: si no logra comunicará una mujer los deseos que le devoran, se resigna á poseerla inerte, inanimada, muerta: no es un hombre apasionado: es un monstruo de lascivia: y como el autor quiere hacer de él otra cosa, de aquí que el carácter no pueda ser, ni consecutivamente, ni sostenido, ni simpático.

Tampoco nos parece bien acuerdo en el señor Larra el de convertir á Felipe II poco menos que en un agente de policia secreta. Ciertas figuras históricas no pueden sacarse al teatro sino para ocupar un puesto digno de su grandeza. Felipe II no debe salir á la escena sino interpretado por un actor de primer orden, y á desempeñar en la intriga dramática un papel, no sólo serio y elevado, sino importante, ya que no pueda ser el principal de los que juegan en la obra.

Por lo demás, el señor Larra en el desenvolvimiento de su plan ha estado felicísimo. El primer acto es una excelente exposicion: el segundo, verdadero *tour de force* teatral, logra agradar al público sin que en él acontezca cosa alguna: el tercero y último, como que en él viene á consumarse el hecho culminante de la tradicion, dicho se está que es el que más brio y alientos dramáticos ostenta.

La versificación, en general, es fácil y correcta, y decimos en general, porque en este punto *El Caballero de Gracia* no se mantiene siempre á la misma altura. Prueba de ello es la infeliz redondilla que dejamos copiada, y cuyo menor defecto es su completa carencia de condiciones eufónicas.

En cambio de este y algunos otros, aunque pocos, lugares en que el versificador se descuida, hay en el drama conceptos discretos y felizmente expresados. La siguiente décima, por ejemplo, es lindísima:

Jamás en mi alma sentí
tan extraña turbacion,
y siento que el corazon
se quiere marchar tras ti.
Mujeres más bellas ví,
y más altivas tambien;
pero tu noble desden
es tan sentido, y es tal,
que hasta te enamoro mal
de puro quererte bien.

Son tambien muy bellos los versos que el poeta pone en boca de doña Leonor en su última escena con Jacobo de Grattis:

Si, como decís, soy bella,
¡maldita belleza mía!
que dá causa á la osadia
de que me queráis por ella!
Si es la hermosa una estrella
y al hombre su luz deslumbra
¡por qué el hombre se acostumbra
á imaginar que cobarde
solo para el vicio arde,
y sólo al delito alumbra?

Habéis venido,
sabiendo ya vuestra mano
cómo se hierre á un hermano,
cómo se mata á un marido;
cómo, audaz y fementido
á lograr un hombre acierta
á una pobre mujer muerta
con un beleño traider...
¿pero qué hace un seductor
con una virtud despierta?

Basta de citas: el lector conocerá probablemente la obra, y si no la conoce, ocasion tendrá de verla y de saborear todas las bellezas en que abunda. Nuestra mision de críticos nos impone el deber de no eternizarnos en la alabanza. Concluirémos, pues, diciendo que *El Caballero de Gracia* seria en cualquier tiempo una obra apreciable: es uno de esos dramas que jamás podrían verse sin gusto, aun cuando tampoco pertenezca al número de los que arrebatan. Pero en esta época de corrupcion literaria, bien podemos considerarle como un acontecimiento, como la señal de un impulso de reaccion en la funesta marcha que hace tiempo sigue la malaventurada musa dramática española.

ANTONIO CORZO Y BARRERA.

600

CERVANTES Y LA NOCHE DE DIFUNTOS.

(Continuacion.)

CERVANTES.

V.

Qué escucho? En la Pátria mía,
En España, do nací
De la Fé el divino fuego
Se puede acaso extinguir!
En el suelo venturoso,
En la nacion más feliz
Que el astro bello del día
Alumbra desde el cenit,
Desde que al Ebro dichoso
Visitar y sonreír
Se dignó la Virgen madre
Del que tronó en Sinai!
En la católica Pátria
De mártires mil y mil
Millares, que consiguieron
Al averno confundir!
De Recaredo en la Pátria,
Y de Pelayo y del Cid
De Isidoros y Leandros
Podría la Fé morir!
No es posible, hermano mio:
Mirad bien lo que decís:
Puede un Español acaso
Convertirse en marroquí!
Esplicad lo que habeis dicho,
Ó me vuelvo sin oír
Más palabras al sepulcro
De que hace poco salí.
Dulce Pátria de mi alma!
He sido bien infeliz,
Porque en Lepanto ó Argel
Espirar no merecí,
Cual deseaba impaciente,
Con el religioso fin
De dar mi vida por Dios,
Que en la Cruz murió por mí.
Perdon, perdon, Pátria mía,
Perdon.....más al sucumbir,
No por mi fé contra infieles,
Sino ya anciano en Madrid;
Cuando los santos auxilios
De la Iglesia recibí,
Que tanto me confortaban
En la postrimera lid,
A mi dulce Redentor
Mis deseos ofrecí,
Deseos, que al buen Jesús
Plugo amoroso admitir.

YO.

VI.

Señor Cervantes Saavedra,
¡Qué bueno, qué bueno sois,
Como lo canta la Fama
Con su metálica voz!
Hace mas de cincuenta años,
Que no lo ignoraba yo,
Mas tan clara esta verdad

Nunca descubri hasta hoy,
Que aparece ante mis ojos
Luminosa como el Sol,
Cuando en mañana de mayo
Ostenta su resplandor.
Creedme, señor Miguel:
Al presente hay español,
Y españoles y no pocos,
(Os lo digo con rubor)
Que olvidados del bautismo,
El santo nombre de Dios
Profanan públicamente,
Cual no se hace en el Mogel;
Sin que haya una Autoridad,
Que al audaz blasfemador
Refrene su impia lengua
Con mordaza ó con prision.
Pasmaos: hasta los niños
Y lo que es mucho peor,
Hasta mugeres y viejos
Blasfeman sin ton ni son.
Por supuesto muchos, muchos
Vemos con pena y horror,
Tamaño crimen que á España
Cubre de afrenta y baldon.
Mas puesto que paso á paso
Hemos llegado los dos
A la plaza de las Cortes,
Donde cual digno blason,
La estatua vuestra aparece,
Si algun obstáculo vos
No hallais, sentarnos podemos,
Que estoy fatigado yo.
Soy viejo, señor Miguel,
Y además un reuma atroz
Me atormenta y martiriza;
Tened de mí compasion.
Mirad al frente, mirad
Hecha con arte y primor
La imágen vuestra de bronce,
Orgullo de la nacion.
Con ella los españoles
Aunque tarde, quieren hoy
Reparar la ingratitud
De aquella generacion
Infame, que en la miseria
De hambre morir os dejó,
Sin que pan ni otro consuelo
Os diera en vuestro dolor.
De San Antonio del Prado
Observad con atencion
La Iglesia que todavia
La impiedad no destruyó.
En ese templo sin duda
Veces mil á Sabaot
Con las rodillas en tierra
Pediais gracia y perdon,
Al augusto Sacrificio
Asistiendo con fervor,
Que un capuchino ofrecia
En santa contemplacion.
Ved aquel mismo palacio
Que el de Lerma levantó

En vida vuestra: Magnáte,
Que mercedes y favor
Al talento y á las letras
Imbécil no dispensó,
Aunque de la ibera nave
El dirigia el timon.
Pobre España, pobre España!
Entonces, siglos en pos.
Y al presente, Sandoyál
Tiene algun imitador.
Algunos? Innumerables.
No hay en Esperia brihon,
Sobre todo en estos dias
De discordias y de horror,
Que sin ciencia y sin virtud
Cegado por la ambieion,
No pretenda ser Ministro
Diputado ó Senador.

GASPAR BONO SERRANO.

(Se continuará.)

HABITUDDAS

El clavo ardiendo ha dejado de arder. Lo sentimos por su autor á quien este enfriamiento habrá quemado la sangre.

En el Teatro de Variedades por variar, se ha estrenado hace pocos dias una piececita bastante floja.

Titulase *Perro, 3, tercero, izquierda*. Su autor, don Miguel Ramos Carrion, no merece piedad, porque es tremendo deslíz, es el mayor de los yerros, que eche su talento á perros quien lo tiene tan feliz.

Don Emilio Mozo de Rosales nos ha dado una nueva muestra de su fecundidad, dando á luz una niña bellísima que desgraciadamente sólo vivió cuarenta y ocho horas: llegó, sin embargo, á inscribirse en el registro civil con el nombre de *La casta Susana*. Angelitos al cielo.

Mejor informados, debemos rectificar el suelto anterior. *La Casta Susana* era ya talludita. ¡Qué dolor!

Tan solamente dos noches
vivió *La Susana casta*;
castidades de ese temple,
en verdad, no me entusiasman.

Los apreciables dentistas señores Koth y Triviño están sosteniendo una chistosa polémica en las columnas de *La Correspondencia de España*, por medio de unos comunicados que trascienden á gatillo desde una legua. Al público se le desvencijan las quijadas de risa: ¿se habrán puesto aquellos profesores de acuerdo para estropear millares de mandíbulas, y poner á la mayoría de los lectores en la necesidad de recurrir á sus poco apetitosos conocimientos? Todo pudiera ser en el siglo en que vivimos.

El señor Triviño, en comunicado del 6 del corriente, llama al señor Koth *célebre, ilustrado, reputado y sapientísimo*. En cambio, al señor Koth, en su contestacion fecha 8, no se le ocurre otra cosa más que llamar *majadero* al señor Triviño y *majaderías* á sus opiniones. Como el señor Koth es extranjero, puede que, queriendo decir un piropo á su contrincante, no haya acertado con la palabra conveniente.

Si no es así, mucho nos tememos que alguno de los dos dentistas se quede de esta hecha sin muelas.

El público ha encontrado muy de su gusto *La feria de las mujeres* que le ha presentado el notable escritor cómico don José Marco: No lo extrañamos: á nosotros nos pasa lo propio.

El drama aquel que bajó
Como llovido del cielo,
Sin detenerse ha seguido
Su camino á los infiernos.

CHARADA.

La primera y la tercera
es mujer que manda ó sirve,
y la primera y la quinta
no sabe bien con confites.

Tercia, segunda y primera
no quiero que me domine,
te lo juro por mi prima,
la segunda y la que sigue.

Prima, cuarta y quinta forman
el nombre de un santo humilde,
y son la cuarta y tercera
distintivo en ciertas lides.

La tercera con la quinta
es un mozo que me embiste,
aunque no faltan muchachas
que por él se despepiten.

Tercia, cuarta y prima hace
mi pluma con cuanto escribe;
mas no es aqueste acertijo
tercia, cuarta y la que sigue.

El todo, lector del alma;
es diminutivo triste
de un sér insignificante
que puede muy bien ser chiucho.

(La solucion en el número próximo.)

La solución del LOGOGRIFO inserto en el número anterior es

TÚRDULO.

Madrid.—Imprenta de S. Landáburu, Plaza de los Carros 2 bajo.